

Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc

FELICITAS LÓPEZ PORTILLO T.

En la segunda mitad de los años cuarentas de este siglo, en plena euforia alemanista, se desató en nuestro país una encendida polémica entre indigenistas e hispanistas. La razón: el descubrimiento de los restos de Hernán Cortés en la iglesia del antiguo Hospital de Jesús, por él fundado en 1524, y los del “Emperador” Cuauhtémoc, en Ichcateopan, Guerrero, hallazgo hecho realidad por el admirable tesón de doña Eulalia Guzmán.¹

La polémica, que alcanzó a la opinión pública a través de los medios, a las altas esferas oficiales y a la *intelligentsia* de la época, tuvo una de sus expresiones en la confrontación entre “sabios” y “científicos”, estos últimos armados con todos los instrumentos de la ciencia moderna. Es el tiempo de la entronización de la técnica y su esperado fruto, la eficiencia y la productividad; según el discurso oficial, estas últimas nos sacarían de la pobreza y el atraso. Por otra parte, a la razón de Estado le urgía que los restos del último soberano azteca resultaran auténticos: el gobierno alemanista (1946-1952) requería de una *misse en scene* de este tipo. Los tres primeros años habían sido difíciles en el terreno económico, a causa del ajuste provocado por la postguerra, y de los mismos problemas estructurales que arrastraba la economía. Estas dificultades se patentizaron en 1948, cuando ocurrieron una serie de manifestaciones populares de descontento, debido a que existían serios problemas de carestía y desabasto. A partir de 1950 la situación mejoró: se tuvieron finanzas sanas y el crecimiento del PIB tuvo un promedio anual de 5.7% en el sexenio, tasa superior a la demográfica, que fue de 3.3%.²

La tónica de estos años la da la siguiente declaración de Manuel Germán Parra, subsecretario de Economía: “La instauración y el desarrollo del capitalismo en nuestro país y la libe-

ración económica de México han sido y continúan siendo hasta el presente los dos grandes objetivos de la Revolución Mexicana.” (HOY, 13-V-1950, Núm. 690.) Los esfuerzos en pos del crecimiento económico, con base en la iniciativa privada pero con una fuerte presencia de intervencionismo estatal, se cobijaban bajo la subjetiva consigna de la “mexicanidad”. Ésta significaba “la conciencia de que en nosotros mismos —en nuestro esfuerzo tesonero en el trabajo y en nuestras convicciones morales y espirituales— radica la solución de nuestros problemas”.³ Son los tiempos de la “filosofía de lo mexicano”, movimiento de autoafirmación, a la vez que se propugnaba el universalismo de toda expresión humana.

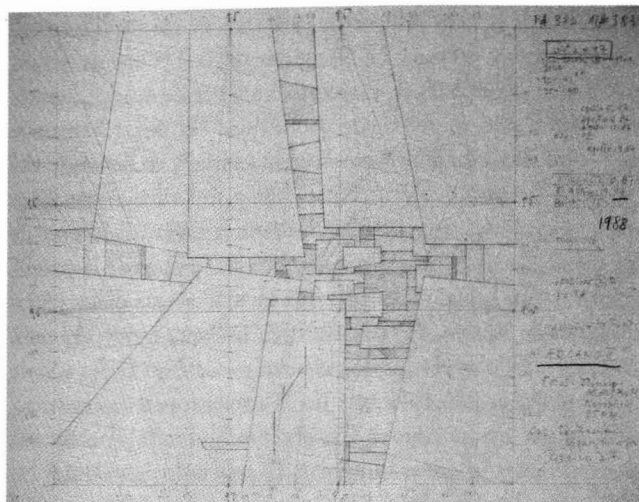
Mas vayamos a nuestro asunto. En noviembre de 1946 se encontraron los restos de Hernán Cortés, que habían pasado por ocho reinhumaciones anteriores.⁴ El hallazgo fue posible gracias a las pesquisas de Francisco de la Maza y Alberto María Carreño, “mocho profesional”, como él mismo se nombraba. Un español, funcionario republicano, había conseguido el acta suscrita en 1836 por don Lucas Alamán, administrador de los bienes del duque de Terranova y Monteleone, descendiente del Conquistador, donde daba cuenta de la localización de la tumba. En 1823 habían sido removidos los restos y puestos bajo las gradas del altar mayor del templo del Hospital de Jesús, en la víspera del 16 de septiembre, a consecuencia de los solemnes festejos en honor a los héroes de la Independencia. Se temió, con razón, que la turba enardecida los profanara. En 1836 fueron trasladados, de nuevo

³ Discurso de toma de posesión de Miguel Alemán, en *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, t. IV, Cámara de Diputados, México, 1966, p. 355.

⁴ 1) 1547, año de su muerte, se depositaron en la cripta de los duques de Medina Sidonia. 2) 1550 se trasladaron a la capilla de Santa Catarina, de la orden jerónima. 3) 1566 llegaron a la Nueva España, al convento franciscano de Texcoco. 4) 1629, se depositaron en la iglesia de San Francisco de la Ciudad de México. 5) 1716, los restos fueron reinhumados en el mismo templo. 6) 1794, se trasladaron a la iglesia del Hospital de Jesús. 7) 15 de septiembre de 1823, fueron removidos, en el mayor sigilo. 8) 1836, reinhumados de nuevo, en el mismo templo.

¹ (1890-1985) Pedagoga, historiadora y antropóloga, doña Eulalia se dedicó con verdadero ahínco al estudio de la historia de México, especialmente a la precortesiana. De 1930 a 1970 fue jefa de los archivos históricos del INAH.

² Blanca Torres, *Historia de la revolución mexicana. 1940-1952. Hacia la utopía industrial*, vol. 21, El Colegio de México, México, 1984, p. 48.



con el mayor secreto, a una de las paredes del mismo templo, lejos de la humedad. Los restos fueron encontrados en tres urnas superpuestas: de plomo, de cedro y de cristal, envueltos en finas telas y brocados. Después de los estudios conducentes, en julio de 1947 fueron reinhumados en el mismo lugar, colocándose una placa de bronce para dar cuenta del acontecimiento.⁵ El homenaje oficial se concretó a declarar monumento histórico al Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno. En diciembre de este mismo año de 1947 se conmemoraron los cuatrocientos años del fallecimiento de Hernán Cortés, fecha que por lo demás pasó inadvertida.

Los tiempos no estaban para estas conmemoraciones. Los conservadores, que fueron quienes enarbolaron la bandera hispanista, habían sido derrotados hacía mucho tiempo, desde el siglo pasado. Si bien todavía alentaba a algunos de sus seguidores, la época pertenecía por entero a los indigenistas, amparados y apoyados por las esferas oficiales. El Estado revolucionario había tomado como una de sus consignas la reivindicación y recuperación de nuestro pasado indígena. Personalidades como Manuel Gamio, Ignacio Marquina y Alfonso Caso pusieron las bases de las modernas antropología y arqueología mexicanas, y la valoración de las raíces autóctonas inspiraba a pintores, músicos, literatos y demás residentes del gabinete de las musas. Precisamente quien encabezaba esta corriente era Diego Rivera, el santón de la izquierda durante estos años. El pintor había recibido su consagración definitiva en 1949, cuando se celebró la Exposición Nacional de cincuenta años de su labor artística, en el Museo de Artes Plásticas. En los años de 1944-1945 dio inicio a los murales de los corredores del Palacio Nacional, pero al salir a la luz pública los huesos del Conquistador fue cuando pintó a éste como un individuo completamente disminuido. Antes lo

había pintado como se estilaba en la iconografía tradicional, como un guapo varón renacentista, parecido a Carlos V.

El mural de la Conquista del Palacio Nacional fue realizado en 1951; según propia confesión, el artista se inspiró, para su malhadado Cortés, en los estudios del eminente criminólogo Alfonso Quiroz Cuarón —quien los elaboró a partir de fotografías de los huesos. Su dictamen apunta que en los restos de Cortés “se observan evidentes estigmas degenerativos, que corresponden a un padecimiento: el enanismo por sífilis congénita del sistema óseo”.⁶ Esta sentencia cayó como anillo al dedo para los indigenistas, que no desaprovecharon la oportunidad de hacer mofa de un Cortés sífilítico o, de pérdida, tuberculoso. No tomaron en cuenta que el Conquistador, en 1521, tenía 34 años, y que murió de 63. Otros estudios, menos maniqueos, revelaron que padecía de osteosis, una enfermedad de los huesos, lo que explicaba la deformación que presentaban éstos.

A partir del descubrimiento de los restos de Hernán Cortés se desató una verdadera fiebre de búsqueda de despojos, una epidemia de “huesitis”. (Burlas aparte, durante este periodo se popularizó el dicho: “Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error.” O, como festejaba *Excelsior* en su frase de la semana: “¿Quién, en la época en que vivimos, no anda en busca de un hueso?”)⁷ Se rastrearon los restos de Francisco Javier Clavijero en la iglesia de Santa Lucía, en Bolonia, y se concluyó que, habida cuenta de la gran cantidad de osamentas pertenecientes a jesuitas mexicanos existentes en el presbiterio de la iglesia, era imposible su localización; en marzo de 1947, mediante la tradición oral, se hallaron los restos de los Niños Héroes; a mediados de este mismo año se encontraron en las Lomas de Padierna los de soldados mexicanos y norteamericanos que habían participado en la batalla de este nombre; en marzo de 1948 llegaron a nuestro país los despojos de don Carlos Pereyra, y don Nemesio García Naranjo, aprovechando el viaje, pidió el traslado de los huesos de don Porfirio Díaz, que aún reposan en el cementerio Montparnasse de París.

Pero el hecho que va a desatar una verdadera zarabanda en el caldeado clima ideológico de la época es el hallazgo de los supuestos restos de Cuauhtémoc, el 26 de septiembre de 1949.⁸ Desde el descubrimiento de los restos del Conquistador los indigenistas se querían sacar la espina. Es más, hubo quien señalara que este hecho no era más que parte de un complot continental de ensalzamiento hispánico, como lo probaba el reconocimiento de la momia de Francisco Pizarro, en Perú, el mismo año de 1946. Sea como fuere, el caso es que desde febrero de 1949 empezaron a aparecer en la prensa noticias referentes a que la tumba de Cuauhtémoc se encontraba en Ichcateopan, pueblecillo situado en la sierra de Guerrero, cercano a Taxco; precisamente bajo el altar

⁶ Citado en Jorge Gurría Lacroix, *Hernán Cortés y Diego Rivera*, IIH-UNAM, México, 1971, p. 64.

⁷ Citado en Alejandra Moreno Toscano, *Los hallazgos de Ichcateopan. 1949-1951*, UNAM, México, 1980, p. 119.

⁸ Este mismo día se estrelló un avión de Mexicana de Aviación en el Popocatepetl, donde murieron la actriz Blanca Estela Pavón, el “Apóstol del maíz”, Gabriel Ramos Millán, y el estudioso de temas mexicanos, Salvador Toscano, junto con otras personas.

⁵ Atestiguaron el hecho don Manuel Toussaint, director de monumentos coloniales del INAH; el doctor Pablo Martínez del Río, director de la ENAH y del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM; don Rafael García Granados, presidente de la Sociedad de Estudios Cortesianos; el licenciado Bernardo Iturriaga, representante de la SHCP; don Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, y don Felipe Tena Ramírez, secretario del Patronato del Hospital.

principal de la iglesia de Santa María de la Asunción, donde antes había estado el “gran teocalli”. Desde principios del siglo pasado los habitantes del lugar habían solicitado que dicho altar se declarara “intocable”. En 1899 se volvió a tener noticia de que allí se encontraba la tumba, lo que dio pretexto para que se apuntara que don Porfirio había sido quien armó todo el tinglado. La verdad es que existía una tradición oral, antigua y muy fuerte, según la cual este pueblo contenía los restos; apuntalaba tal aserto su nombre, que significa “dios envuelto en algodones”.⁹ En marzo doña Eulalia Guzmán fue comisionada para verificar la veracidad de la conseja. Lo primero que hizo fue rastrear la tradición oral, analizar los documentos encontrados en la parte posterior de una imagen de la Virgen, patrona del pueblo —que indicaban el sitio exacto del entierro, con la firma de Motolinía como testigo— y enseguida proceder a la excavación debajo del altar mayor de la citada iglesia. El templo data del siglo XVI, y fue reforzado en 1639, pero difícilmente fue construido antes de 1529, fecha del supuesto enterramiento. Apoyaba la tradición oral el hecho de que, desde tiempo inmemorial, según los vecinos del lugar, se mantenía prendida una vela en el altar —precisamente donde se encontraba la tumba. Se ofrecían misas en su honor (Cuauhtémoc fue ahorcado, según la historiadora, el 28 de febrero de 1525, martes de Carnaval) ya que el último soberano mexica había sido bautizado. También se hacían ceremonias y bailes conmemorativos del sacrificio del héroe.

Doña Eulalia, después de vencer múltiples contratiempos —parece ser que las autoridades del instituto donde prestaba sus servicios no estaban muy convencidas de la veracidad del asunto— y con la autorización y apoyo entusiasta de las autoridades del estado de Guerrero, encabezadas por el gobernador, general Baltazar Leyva Mancilla, desenterró unos huesos calcinados, un óvalo de cobre con las inscripciones “1525-1529. Rey e S. Coatemo”, y una punta de flecha y cuentas. La gente de Ichcateopan nunca dudó de la autenticidad de los restos; prueba del fervor que animaba a sus habitantes es la exclamación de uno de los peones que excavaban, quien cayó de rodillas y dijo: “Gracias a Dios, porque voy a ver a mi Rey.” Los estudios de doña Eulalia aseguraban que Cuauhtémoc era hijo de Ahuítzotl, señor de Tenochtitlan, y de Tlilalcapatl, princesa de Ichcateopan y nieta de Netzahualcōyotl, primo de Moctezuma Xocoyotzin y Cuitláhuac. Cortés lo mandó ahorcar y decapitar en Izancanak, cerca de los márgenes del Usumacinta, y desde ahí lo habían trasladado sus súbditos, a través del istmo de Tehuantepec. Más de uno señaló regocijado que habría sido más fácil llevar el cadáver a España, que cargarlo en andas a través de la impenetrable selva por donde supuestamente se hizo el recorrido.

A partir del descubrimiento se desató una avalancha de homenajes al “único héroe a la altura del arte”. (El terreno había sido abonado por el libro de Héctor Pérez Martínez, *Cuauhtémoc. Vida y muerte de una cultura*, publicado en 1948, y que resultó un verdadero *best seller*.) Se promulgó que el 12 de octubre Ichcateopan fuera la capital del estado de Guerrero.

⁹ La diferencia de opiniones se reflejaba también en la forma como se escribía el nombre del pueblo. Era Ixcateopan para los indígenas, e Ichcateopan para los hispanistas.

Como era de esperar, le llovieron promesas de construirle escuelas, carretera y drenaje. El Congreso de la Unión, en sesión solemne, acordó poner en el recinto, en letras de oro, el nombre de Cuauhtémoc; su presidente declaró que “El mejor homenaje que se puede rendir al héroe es la obra realizada en beneficio del pueblo” (*Tiempo*, 21-X-1949, Núm. 390, p. 1). Es más, si por algún milagro encarnara, estaría satisfecho pues la tierra volvía a ser de los suyos. En el colmo del entusiasmo, los “padres de la patria” señalaron que había que erigirle una estatua en una de las cimas más altas de México, de preferencia en El Bajío, centro del país, para convertirlo en el vigía de todos los mexicanos. El Senado de la República acordó constituir un “Patronato para la construcción de un monumento a Cuauhtémoc”, donde se colocaría tierra de todas las zonas indígenas. El secretario general del PRI comparó a doña Eulalia con la Corregidora, y se declaró a 1950 “año de Cuauhtémoc”. En la Ciudad de México la antigua calzada de La Piedad tomó su nombre. El mejor salón de las escuelas públicas estaba dedicado a su memoria y se elaboró un documental cinematográfico con la historia del hallazgo. El INBA convocó a cuatro concursos para honrar su memoria: obra de teatro, pieza de teatro infantil, ballet e himno.¹⁰ Las monedas de plata con la efigie del héroe, que circulaban desde 1947, eran afanosamente atesoradas por el público. (Por cierto, también se buscó el tesoro.) Se promulgó la Jornada Nacional de Homenaje a Cuauhtémoc, del 7 al 20 de noviembre —el desfile de este día le fue dedicado. Los maestros de primaria y secundaria, ejidatarios, campesinos, etcétera, movilizados por los sectores corporativos del partido oficial, acudían en “peregrinación cívica” al “Altar de la Patria”. La descubridora de los restos —nombrada “hija predilecta” del estado de Guerrero— desde un principio sentó las bases de la exaltación provocada por el hallazgo. El “joven abuelo” era el “arquetipo de valores morales, el héroe más puro de la historia de México, ejemplo para la juventud que debe encontrar en él la virtud”.¹¹ (Por cierto, afirmaba tener pruebas que demostraban que el guerrero mexica ¡se había conservado casto!)

El tercer aniversario de la toma de posesión del licenciado Miguel Alemán, el 10 de diciembre de 1949, fue ocasión de un homenaje de las Fuerzas Armadas a Cuauhtémoc en su estatua de Reforma —inaugurada por don Porfirio Díaz en 1887, cuando don Francisco del Paso y Troncoso dio un discurso en náhuatl enaltecendo la necesidad de la unión de todos los mexicanos—; en esa ocasión el general Santiago Piña Soria, jefe del Estado Mayor, asentó que el último “Emperador” azteca era “símbolo de la resistencia frente a la agresión extranjera” y ejemplo de honor, dignidad y sacrificio para los soldados de México: “Cuauhtémoc, en lo heroico, es de la estirpe de Hidalgo, de Morelos, de los Niños Héroes, así como de la estirpe severa, patriótica y nobilísima de Juárez.” (*Tiempo*, 2-XII-1949, Núm. 396, p. IV.) El representante del DDF fue más lejos: el guerrero azteca era el más

¹⁰ Salvador Novo documenta su búsqueda desenfadada de obras teatrales sobre Cuauhtémoc, y cómo las tuvo que desechar porque trataban positivamente a Cortés. Cfr. *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, Empresas Editoriales, México, 1967.

¹¹ *Excelsior*, 14-X-1949. Citado en *ibid.*, p. 23.

grande héroe de la humanidad, mayor incluso que César y Carlomagno: "Cuauhtémoc reúne en sí los valores y los gestos de todos los héroes de todos los tiempos." (*Tiempo*, 7-X-1949, Núm. 388, p. 4.)

Los ánimos no menguaron cuando, el 14 de octubre de 1949, la comisión nombrada para verificar la autenticidad de los restos dictaminó que éstos eran falsos. La prensa, que los llamó "sabios oficiales", se ensañó contra sus integrantes: arquitecto Ignacio Marquina, doctor Silvio Zavala, doctor Eusebio Dávalos Hurtado, profesor Javier Romero, arquitecto Alfredo Bishop, teniente coronel Luis Tercero Urrutia, licenciado Alfonso Ortega Martínez y mayor Roberto Tapia Téllez.¹² La parte medular del dictamen emitido anotaba que los huesos examinados pertenecían a cinco personas, inclusive niños y mujeres, que la inhumación se realizó después del siglo XVI, que las firmas atribuidas a Motolinía eran apócrifas y que la placa de metal había sido oxidada artificialmente. Sin embargo, se cuidaron de señalar que:

La primera comisión, al rendir este dictamen, estima oportuno separar con nitidez la admiración y respeto que sentimos los mexicanos por la figura de Cuauhtémoc, del problema netamente científico que consiste en establecer la autenticidad del hallazgo de Ichcateopan, logrado por la señorita Guzmán con innegable tesón e indiscutible probidad, y apoyada, con altura de miras y patriotismo, por el culto gobernador del estado de Guerrero, general Baltazar Leyva Mancilla.¹³

A fines del mes de septiembre Alfonso Caso e Ignacio Marquina habían acudido a Ichcateopan, donde saludaron con entusiasmo el hallazgo pero cambiaron de opinión después de los estudios pertinentes, actitud que les fue reprochada acremente. Se acusó a los miembros de la comisión de haber actuado a las volandas y de emitir un dictamen "superficial y no válido"; asimismo, de que temían perder sus "huesos", que los mantenían dentro de la nómina oficial. Es más, se amparaban bajo intereses "antipatrióticos y antimexicanos". Diego Rivera, en una comida que una asociación feminista brindó a doña Eulalia, declaró que no eran sabios, sino "resabios". Si anteriormente se habían declarado auténticos los huesos de Cortés, de los Niños Héroes y de los soldados de Padierna, ¿por qué ahora, que se trataba de los de Cuauhtémoc, existían tantos remilgos? Debería efectuarse un examen científico al ayate de Juan Diego, a ver si era cierto lo de la aparición de la Virgen. "Si los campesinos, indios sublimes que guardan la tumba del jefe, disparan sobre los negadores contra un muro de Ixcateopan, habrán hecho una obra de absoluta justicia histórica", remató (*Tiempo*, 28-X-1949, Núm. 391, p. 1).

El gobierno, por voz del licenciado Manuel Gual Vidal, titular de la Secretaría de Educación Pública, apuntó que la

¹² El arqueólogo Carlos Margáin se abstuvo de firmar el dictamen, por considerar que no contaba con los suficientes elementos para dar una opinión definitiva.

¹³ Citado en Ángel Torres y González, *La tumba de Cuauhtémoc. Un reportaje histórico*, Nacionalidad, México, 1950, p. 141

grandeza de Cuauhtémoc estaba por encima de sus restos materiales, auténticos o no, por lo que los homenajes proseguirían. Lo cierto es que, a partir de las dudas expresadas y del posterior dictamen, también negativo, el régimen poco a poco se deslindó del problema e hizo hincapié en que somos una nación mestiza: a partir de la Independencia todos los mexicanos constituimos un solo pueblo. Se había cumplido así con uno de los propósitos estatales: dar cohesión y sentido de pertenencia nacional a todos los habitantes de México. El ex presidente Alemán da cuenta de la polémica en sus memorias, y apunta que el culto a los héroes permite legar a las nuevas generaciones "una clara y orgullosa conciencia de su identidad nacional".¹⁴

Las cosas no terminaron ahí. Doña Eulalia, con una fe de cruzado en su causa, organizó otro grupo de estudio, esta vez encabezado por el doctor Alfonso Quiroz Cuarón, quien era el director del Departamento de Investigaciones Especiales del Banco de México.¹⁵ Junto con el doctor José Gómez Robleda y el ingeniero Liborio Martínez, se dispuso a proseguir con las investigaciones.¹⁶ A este grupo se le llamó "peritos del Banxico", sin serlo propiamente. Se pidió el auxilio del Instituto de Física de la UNAM para el estudio de las oxidaciones del óvalo de cobre; los doctores Carlos Graef, Octavio Cano y Marcos Moshinsky certificaron que la oxidación presentada por el mismo había sido hecha a través de los siglos. O, al menos, esto dedujeron los llamados "peritos" pues en carta posterior el doctor Graef aclaraba que en el documento presentado por él y sus colaboradores: "No hay una sola palabra que se pueda interpretar como un intento de determinar la mayor o menor antigüedad de la placa de cobre de la que proviene la muestra estudiada." También refutó los estudios del doctor Bustamante, que se comentan más adelante.¹⁷

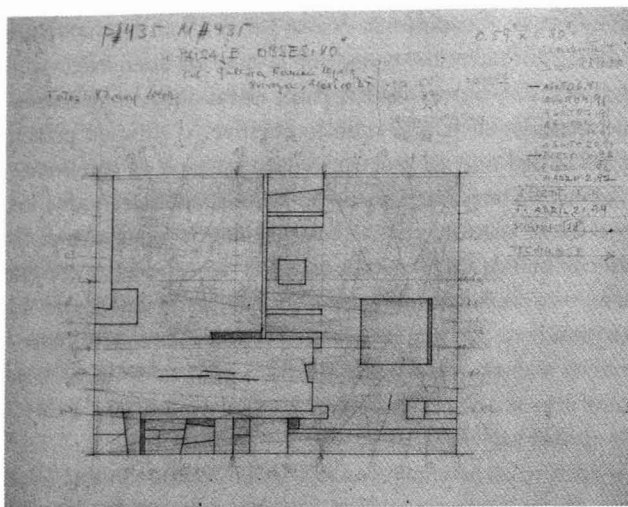
El doctor Enrique Bustamante, de la Universidad de Princeton, certificó que la placa tenía una oxidación de más de trescientos años; el ingeniero Cuevas, especialista en mecánica de suelos, afirmó que la fosa donde se encontraron los restos se había hecho antes de que se edificara el templo, y que éste fue terminado en 1539. El profesor Luis Chávez Orozco defendió a don Florentino Juárez, depositario de los supuestos documentos probatorios, de la afirmación del doctor Silvio Zavala, quien lo

¹⁴ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, Grijalbo, México, 1987, p. 298.

¹⁵ El machismo no dejó de hacerse presente. Se rumoreaba que si las investigaciones hubieran sido hechas por un hombre estarían mejor elaboradas.

¹⁶ También colaboraron los señores Isaac Ochoterena, Rafael Illescas, Ignacio Díez de Urdanivia, José A. Cuevas, Rafael Molina, Luis Chávez Orozco, Eduardo Murguía, Manuel F. Madrazo, Carlos Lechuga, Mauro Cárdenas, Alejandro Sánchez, Gudelia Guerra, Anselmo Marino, José Tlaoa, Elvira Luján, Eva María Rivas de Aburto, Alicia Silva, Manuel Hernández, Miguel Ángel Acosta, Alberto Vivas y Roberto Reyes.

¹⁷ Comisión Investigadora de los Descubrimientos de Ichcateopan, *Los hallazgos de Ichcateopan. Actas y dictámenes de la Comisión Investigadora*, s.p.i., México, 1962, pp. 396-397.



acusó de haber sido un formidable mitómano. A fines de 1949 dan a conocer su dictamen:

En consecuencia, concluimos que los estudios realizados, todos ellos en posibilidad de ser comprobados y verificados, demuestran científicamente y objetivamente *que los restos humanos descubiertos por la maestra Eulalia Guzmán, son de Cuauhtémoc, último rey y señor de los mexicanos, mártir y héroe supremo de la historia de nuestra Patria.*¹⁸

Ante la polvareda desatada por los dos dictámenes contrapuestos, la SEP decidió formar una nueva comisión, esta sí definitiva, que diera por finiquitado el asunto. El 6 de enero de 1950, como regalo de Reyes, se dieron a conocer los nombres de los integrantes de la misma: doctor Alfonso Caso, del INI; doctor Arturo Arnáiz y Freg, de El Colegio de México; doctor Manuel Gamio, del Instituto Indigenista Panamericano; doctor Rafael Illescas Frisbie y doctor José Joaquín Izquierdo, de la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica; profesor Wigberto Jiménez Moreno, del Seminario de Cultura Mexicana; doctor Julio Jiménez Rueda, del AGN; doctor Pablo Martínez del Río, del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, e ingeniero Pedro C. Sánchez.¹⁹ Antes que nada, los miembros de la "Comisión Investigadora de los Descubrimientos de Ichcateopan" montaron una guardia de honor en el monumento a Cuauhtémoc sobre la Avenida Reforma. Doña Eulalia se apresuró a declarar que, de los once miembros de lo que la prensa dio en llamar "Gran Comisión", sólo dos sabían de qué se trataba. No estaban acostumbrados

más que a manejar los archivos de los escribanos de su Majestad: cosas perfectamente ordenadas. Pero *se hacen bolas* cuando afrontan cosas vivas como el de la tumba de Cuauhtémoc, en el cual no pueden consultar a nadie porque hay documentos en los que no aparece la fe del notario y que, además, no están testimo-

¹⁸ Citado en Ángel Torres, *op. cit.*, p. 192.

¹⁹ El doctor José Gómez Robleda fue invitado a participar; elaboró un voto particular por no estar de acuerdo con el dictamen negativo que se emitió.

niados. Son, en síntesis, sabios de gabinete (*Tiempo*, 7-IV-1950, Núm. 414, p. II).

Agregó que debía tomarse en consideración que, por tratarse de un organismo oficial, prevalecería el criterio político sobre el propiamente científico.²⁰ Esto no dejaba de ser un contrasentido pues si había alguien interesado en que se confirmara la autenticidad de los restos, era precisamente la esfera oficial.

En el ínterin, mientras la Comisión de los "Supersabios" se afanaba por esclarecer la verdad del descubrimiento de marras, los estudios de Quiroz Cuarón y seguidores prosiguieron, doña Eulalia incluida (quien, por cierto, elaboraba una investigación sobre las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés donde intentaba probar que el audaz extremeño era un redomado mentiroso). A mediados de 1950 dieron a conocer un estudio "científico" que asentaba, a partir de los restos encontrados, que éstos pertenecían a un individuo de las siguientes características:

Veinticinco años de edad, atlético, de forma elegante y juvenil, de estatura elevada, de caracteres sexuales bien desarrollados, longitípico esténico de la variedad hipertiroides, dolicocefalo, miembros largos, potente aparato locomotor de veloces y rápidos movimientos, cara ovalada, tez blanca, grandes ojos. Emotivo, irritable, de inteligencia precoz, de capacidad crítica notable, de tono afectivo dominante y apasionado y de funciones intelectuales lógicas.²¹

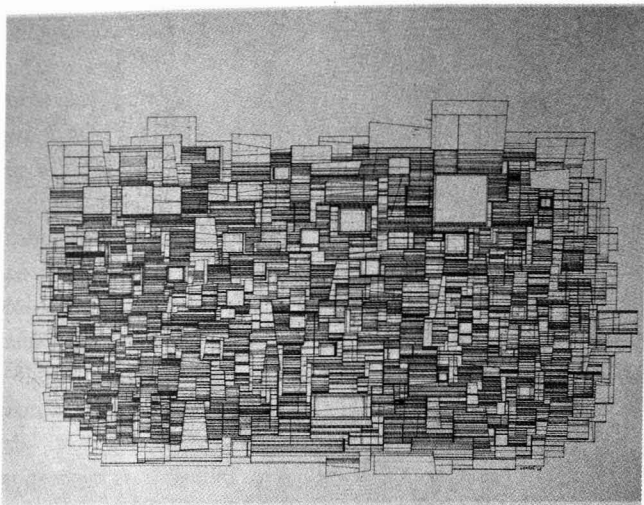
En febrero de 1951 la "Gran Comisión" entregó al secretario de la SEP su veredicto negativo, donde se lee que, entre otras pruebas adversas, "los documentos que se han aducido, son apócrifos o falsos; la inscripción que ostenta la placa es moderna, y los huesos son, por lo menos, de cuatro individuos diferentes".²² Hubo quienes expresaron que los huesos debían declararse auténticos, porque así lo exigía el interés nacional. Arturo Arnáiz y Freg, vocero de la citada comisión, escribió que "Lo fácil y, al propio tiempo lo impropio e inadmisibles, hubiese sido dejarse alucinar por testimonios deficientes, por documentos plagados de anacronismos o por las inclinaciones místicas de grupos entusiastas y mal orientados".²³ Lo único que se busca-

²⁰ Como decía la infatigable historiadora: "Nunca la voz oficial, sino la ciencia, ha sido la capacitada para juzgar a la ciencia." Citado en Ángel Torres, *op. cit.*, p. 189.

²¹ Citado en Miguel Ángel Cevallos, "El hallazgo de Ichcateopan", en *Cuadernos Americanos*, julio-agosto 1950, Núm. 4, vol. LVIII, pp. 201-202. Esta descripción concuerda con la de un testigo presencial, Bernal Díaz del Castillo: "Guatemuz era mancebo e muy gentil hombre para ser indio, y buena disposición y rostro alegre y aún la color algo más que tiraba a blanco que a matiz de indios, que era de edad de 25 a 30 años... era de muy gentil disposición, ansí de cuerpo como de faiciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraban, que era con gravedad que halagüenos y no había falta en ellos..." Citado en *Cultura Soviética*, octubre 1950, Núm. 72, p. 15.

²² Comisión Investigadora de los Descubrimientos de Ichcateopan, p. 404.

²³ *Ibid.*, p. XIII.



ba era la verdad: "Es un timbre de gloria para todos los firmantes del dictamen final, que —aparte de haber laborado sin remuneración alguna— se nos haya injuriado por mantener los fueros de la investigación científica, sin torcer la verdad por móviles patrioterios."²⁴ La respuesta no se hizo esperar: doña Eulalia acusó que la multicitada comisión no había hecho las suficientes pruebas científicas, y que no se habían trasladado ni siquiera al lugar de los hechos. Por lo tanto, "Las pruebas siguen incólumes. La comisión ha sido una asamblea deliberante" (*Tiempo*, 16-II-1951, Núm. 459). La SEP, como Poncio Pilatos, se lavó las manos:

Dada su propia naturaleza, las diversas opiniones formuladas por los miembros de la comisión no pueden constituir una decisión de carácter resolutivo. En estas condiciones, debe considerarse abierta la investigación para recibir las luces de los especialistas en las diversas ramas que con ella se relacionan y, en general, de los estudiosos que con sus conocimientos y su amor a la egregia figura de nuestro máximo héroe indígena prosigan la tarea emprendida.²⁵

Tan abierta quedó la cuestión, que en 1976 volvió a sacarse el cadáver del armario. Por decreto ejecutivo se ordenó al INAH una nueva investigación, y para tal fin se creó la Comisión para la Revisión y Nuevos Estudios de los Hallazgos de Ichcateopan. Como cinco lustros atrás, se buscaba un paliativo para encubrir una conflictiva situación, como era la del estado de Guerrero en estos años. Eduardo Matos Moctezuma destaca que la misma fue sometida a diferentes tipos de presión pero que no se claudicó en la búsqueda de la verdad científica. Se llegó a una conclusión similar a las de las dos ocasiones anteriores: no había "base científica para afirmar que los restos hallados el 26 de septiembre de 1949 en la iglesia de

²⁴ Wigberto Jiménez Moreno, "Los hallazgos de Ichcateopan", en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre 1962, Núm. 2, vol. XII, Colmex, México, p. 177.

²⁵ Declaraciones del licenciado Manuel Gual Vidal, aparecidas en *Tiempo*, 9-III-1951, Núm. 462, p. 8.

Santa María de la Asunción, Ichcateopan, Gro., sean los restos de Cuauhtémoc, último señor de los mexicas y heroico defensor de México-Tenochtitlan".²⁶ La Secretaría de Educación Pública rechazó el dictamen negativo. "Una vez más, la historia se repetía."²⁷

Mas traigamos a colación algunos ejemplos de la polémica que se desató en aquellos años, análoga a la levantada con motivo de la conmemoración de los quinientos años del descubrimiento de América. (Lo que muestra que estamos lejos de la hegeliana recomendación de asimilar el pasado; éste está todavía demasiado vivo entre nosotros, lo que provoca heridas "enconadas" [Paz *dixit*].) Doña Eulalia tuvo una importante tribuna en la revista *Cultura Soviética*, editada por el Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso,²⁸ lo que no favoreció mucho su causa, dado el clima imperante de guerra fría. Por ello, se acusaba desde *Excelsior* que existía una "conjura comunista" para desatar el caos y el rencor social; la bandera enarbolada era la reivindicación del mundo indígena:

No en vano advertimos, desde la comedia ósea de Ichcateopan de la camarada Eulalia, que lo de los huesos del héroe autóctono sería utilizado por elementos comunistas para pretender resucitar complejos raciales y de este modo sembrar agitación y dividir a los mexicanos, cuando más necesitan estar unidos.²⁹

La citada historiadora, orgullosa de su ascendencia indígena —de la que hacía ostentación— no dejó de recibir las puyas de quienes se inclinaban hacia la corriente hispanista. Estaba tan fascinada con la cultura azteca, que muy bien podía haber sido una "teixamique": mujeres viejas que, según Sahagún, esperaban al pie del templo de Huichilobos los cadáveres de los sacrificados. Portaban jícaras con tamales y salsa de mole, y cuando los cuerpos se precipitaban gradas abajo les introducían comida en la boca y los rociaban con la salsa. Los españoles destruyeron "este precioso sistema religioso que permitía comer tamales con carne de personas, y en el que había oficios tan dignos como el de teixamique".³⁰ Quienes ensalzaban la labor española en América hacían hincapié en la sanguinaria religión mexicana: "Cuauhtémoc defendía su religión, los sacrificios humanos, los tanques de sangre en que se bañaban los papas, las caminatas al cerro de la Estrella en que las propias madres iban pinchando, con púas de maguey, hasta dejarlos desangrados y exánimes, a sus hijos." (Jesús Guisa y Azevedo, *Lectura*, 15-X-1949, Núm. 4, t. LXII, p. 197.) Doña Eulalia contestaba

²⁶ Eduardo Matos Moctezuma, *Informe de la revisión de los trabajos arqueológicos realizados en Ichcateopan, Guerrero*, UNAM, México, 1980, p. 41.

²⁷ Cfr. *Ibid.*

²⁸ Cuyo secretario general era Víctor Manuel Villaseñor; presidente, profesor Luis Chávez Orozco, y vicepresidente, Alfonso Reyes.

²⁹ Bernardo Ponce, 1°-VIII-1950. Citado en Alejandra Moreno Toscano, *op. cit.*, p. 182.

³⁰ Alfonso Trueba, *Doña Eulalia, el mestizo y otros temas*, Jus, México, 1959, p. 8.

que no era cierto lo de los sacrificios humanos: ¿o es que algún español contempló esta escena?³¹ Aseguraba que la política de los soberanos aztecas tendía a lograr la unidad de todo el territorio y de las tribus que lo habitaban en lo que actualmente es México, por lo que los españoles no vinieron a integrarnos sino todo lo contrario.

La conmemoración oficial del 12 de octubre de 1949 fue convertida en un panegírico a los pueblos indios, representados por su defensor, Cuauhtémoc. Los hispanistas anotaron que era injusto separar a Cristóbal Colón y a España de la celebración: "España hizo en América lo mismo que había hecho Roma en Europa, fundirse con los pueblos subyugados para convertirlos en hijos amorosos." Francia, España, Portugal, eran naciones latinas pero cada una tenía su propia personalidad; así eran las naciones hispanoamericanas respecto a España (Nemesio García Naranjo, *HOY*, 5-XI-1949, Núm. 663, p. 15). No era justo que, mientras se convertía a Cuauhtémoc en un héroe puro, el más grande de todos, quedara Cortés condenado a ser "un bandido, un jefe de pandillas de predadoras, un réprobo vitando" (Jesús Guisa y Azevedo, *Idem.*, p. 195). Si se metamorfoseaba a Cortés en un aventurero, Cuauhtémoc devenía en un jefe de tribu y en sacerdote de una sanguinaria religión. "Cada uno es grande a su manera. En la historia del mundo Cortés puede estar a la altura de Alejandro, de César y de Bonaparte, mientras Cuauhtémoc tendrá la compañía de Viriato, Vercingetorix, Santa Juana de Arco y Kosciusko."³²

Don Nemesio García Naranjo se lamentaba del "espíritu faccional" de nuestra historia, que transformaba las conmemoraciones cívicas en verdaderos "autos de fe". Si se ponderaba la Conquista y evangelización españolas, forzosamente se estaba en contra de las culturas indígenas, y viceversa. Consideraba que todavía no éramos un pueblo cabalmente mestizo; no podía decirse que estuviéramos integrados racialmente pues esto exigía mucho tiempo. Cuando ello sucediera se reconocería a Hernán Cortés su papel como creador de la nueva nacionalidad mexicana:

Quando de las heterogeneidades actuales haya surgido la homogeneidad inmovible de nuestra patria, entonces será que se pueda apreciar en toda su inmensidad la obra de Hernán Cortés. Dicha obra, como la de Teseo y Rómulo, necesita de la lejanía para poderse destacar. Cuatrocientos metros son muy pocos para poder ver una montaña y cuatrocientos años resultan igualmente escasos, para mirar a un forjador de pueblos y de razas. (*Idem.*, p. 21.)

José Vasconcelos se preguntaba qué raza se iba a festejar el 12 de octubre: ¿la española o la india? Si se decidiera celebrar a

esta última, se celebraría "el día de la señorita Eulalia Guzmán, que comenzaría a comernos a cachitos, con antropofagia antropológica" (*Mañana*, 15-X-1949, Núm. 320, p. 29). Si bien Cuauhtémoc es el héroe "que está más cerca del corazón mexicano", y ejemplo a seguir por su fidelidad a sí mismo y a su pueblo hasta la muerte, Cortés es el verdadero creador de nuestra nacionalidad: "Desde todos los puntos de vista, y con todos sus defectos, lo que creó la Colonia fue mejor que lo que existía bajo el dominio aborigen."³³ La exaltación de los pueblos nativos era una estrategia anglosajona para denigrar a España tal y como lo probaba la virulencia de la leyenda negra. El filósofo, desde años atrás, había deslindado su posición: no era más que "sentimentalismo blandengue" el de los redentores de indios: "Los españoles oprimieron a los indios, y los mexicanos seguimos oprimiéndolos, pero nunca más de lo que los hacían padecer sus propios caciques y jefes."³⁴

Los medios escritos de comunicación fueron una importante caja de resonancia de la polémica. Por ejemplo, en *HOY*, "revista de México y para México",³⁵ se editorializaba que ambos, Cuauhtémoc y Cortés, eran raíces de nuestra nacionalidad. Mas alrededor de la primera figura se concentraban dos corrientes ideológicas: el cuauhtemocismo (*sic*) y el amor auténtico a la patria. "El cuauhtemocismo es falsedad y fetichismo. Es la veneración de un muerto; la idolatría de un personaje histórico y, en el fondo real y exacto, el odio a España, raíz, también insustituible, de nuestra nacionalidad." El México actual era la expresión de la comunión de dos razas, edificadas "firmemente sobre la roca inmovible del espíritu y de la fe" (8-X-1949, Núm. 659, p. 11). *Tiempo*³⁶ era más militante. Los miembros de la comisión Marquina-Zavala no eran más que "historiadores caducos y formalistas", todo por haber emitido un dictamen negativo; lo que era indiscutible "es la calidad de Cuauhtémoc como raíz y cumbre de México" (28-X-1949, Núm. 391, p. 1). *El Nacional* defendió la autenticidad de los restos; negarlos era un "malinchismo execrable". Ángel Torres y González, reportero de este periódico, aseguraba que cuando Cortés recibió la noticia de la ejecución del héroe cayó desmayado a causa del remordimiento.³⁷ Si bien éramos producto del mestizaje, todavía existían "algunos sectores que rememoran los excesos contra los indios en la conquista para labrarse fortunas fáciles".³⁸ El discurso indigenista equiparaba a los hispanistas con los sectores más reaccionarios del país, que en el pasado no habían vacilado en poner en peligro a la patria.

³³ José Vasconcelos, *Breve historia de México*, Botas, México, 1937, p. 12.

³⁴ *Ibid.*, p. 20.

³⁵ Dirigida por José Pagés Llergo.

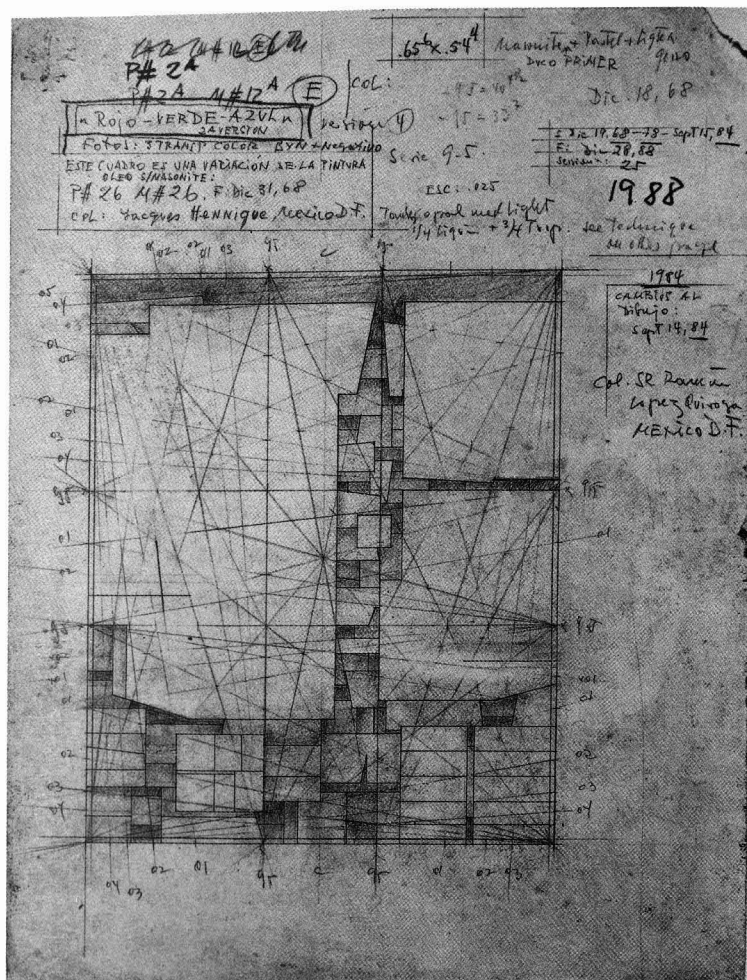
³⁶ Dirigida por Martín Luis Guzmán.

³⁷ Escribe doña Eulalia: "No hay más que leer a Bernal Díaz del Castillo para entender que si bien Cortés venció a Cuauhtémoc, Cuauhtémoc lo vencía a cada instante; y Cortés lo mató porque era imposible tener frente a sí al Rey, él, el aventurero, el mezquino." *Cultura Soviética*, noviembre 1950, Núm. 703, p. 47.

³⁸ Ángel Torres, *op. cit.*, p. 36.

³¹ Laurette Sejourne calculó que, según las fuentes, se sacrificaron 80 mil personas durante la inauguración del Templo Mayor de Tenochtitlan. Los aztecas vivían inmersos en una "angustia mortal" pues de ellos dependía que el sol no se extinguiera. "Ensayo sobre el sacrificio humano", en *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre 1950, núm. 5, vol. LIII, p. 165.

³² Alfonso Teja Zabre, en Héctor Pérez Martínez, *et al.*, *La supervivencia de Cuauhtémoc. Hallazgo de los restos del héroe*, Criminalia, México, 1951, p. 227.



La presencia de los huesos de Cuauhtémoc sobre la tierra que tanto amó y que tan señeramente defendió, es un argumento total contra la historia, la filosofía y hasta el derecho que forjaron los conquistadores y que después se encargaron de apuntalar los serviles y los descastados.³⁹

El general Lázaro Cárdenas prestó su apoyo a la causa de doña Eulalia. En abril de 1950 acudió a Ichcateopan en compañía de su hijo y del general Francisco J. Múgica; en agosto encabezaba el Comité Pro-Autenticidad de los Restos de Cuauhtémoc, compuesto en su mayoría por maestros rurales del estado de Guerrero, a quienes se tildó de "comunistas".⁴⁰

Después del tercer dictamen se pidió una "civilizada reconciliación" entre indigenistas e hispanistas. Como escribió Octavio Paz en 1951, en el prólogo a la edición francesa de la obra citada de Pérez Martínez, "no se puede reducir la historia al tamaño de nuestros rencores". El joven guerrero azteca era un mito popular, y en otros tiempos se le hubiera deificado. "Si

³⁹ Moisés Mendoza, *Rey y señor Cuauhtémoc. El hallazgo de Ichcateopan*, CIDE, México, 1951, p. 9.

⁴⁰ El general Múgica puso en el libro de visitantes: "Peregrinos del patriotismo, ocurrimos ante el Padre sin igual de esta Patria salvada por él, sin usuras ni regateos. Juro que por defender mi nacionalidad, seré intransigente." Citado en Moisés Mendoza, *op. cit.*, p. 285.

Guadalupe Tonantzin encarna la vieja relación con el cosmos a través de la madre divina, Cuauhtémoc representa, por el contrario, la soledad del héroe que lucha y muere solo, abandonado por los dioses y los hombres." Por otra parte, el Conquistador siempre ha sido un personaje controvertido, incluso en vida:

Guerrero, político, diplomático, aventurero, ávido de riquezas y mujeres, católico devoto, Cortés fue también un descubridor de tierras y un fundador de ciudades. Fue un hombre extraordinario, un héroe en el antiguo sentido de la palabra. No es fácil amarlo pero es imposible no admirarlo.⁴¹

Su figura divide a los mexicanos; debe dejar de ser el mito negativo que ha sido durante mucho tiempo para acceder a la categoría que le corresponde: la de un personaje histórico.

La polémica reseñada propició el afianzamiento de la unidad nacional en aras de un nacionalismo auspiciado por el Estado; eran los tiempos de la "cortina de nopal" y de la búsqueda del carácter de lo mexicano. "El encuentro de los huesos de Cuauhtémoc sirvió de verdadera catarsis nacional y la década de 1950 fue más conciliadora."⁴² Desgraciadamente, esto no sucedió con la conmemoración de los 500 años. Surgieron las consabidas acusaciones de genocidio contra los indios de parte de los españoles y, junto con esto, una militante hispanofobia que llegó al extremo de derribar varias estatuas de frailes y virreyes ilustres, amén de los destrozos causados a la estatua de Cristóbal Colón.

Apareció con virulencia la militancia indigenista de quienes no son precisamente indígenas,⁴³ y fue visible la indiferencia oficial ante el aniversario. Cuánta razón tiene Álvaro Mutis cuando arremete contra estas manifestaciones: "Insistir en esta cantinela (la del genocidio) es mostrar una inmadurez histórica alarmante." "La historia del hombre sobre la tierra está constituida por una cadena ininterrumpida de genocidios implacables. Volver sobre ellos y lamentar el desastre que produjeron, es tan necio como estéril."⁴⁴ Vaya este recordatorio como una contribución al desvanecimiento de nuestros fantasmas. ¿O estaremos condenados a seguir sin reconocernos en la herencia hispánica o, en su defecto e igualmente grave, en la indígena? Como recomienda el maestro Edmundo O'Gorman, hay que comprender a los muertos, no condenarlos. ♦

⁴¹ Octavio Paz, *México en la obra de Octavio Paz. I. El peregrino en su patria. Historia y política de México*, FCE, México, 1987, pp. 101-103. Publicado originalmente en *El País*, 12-X-1985.

⁴² Josefina Zoraida Vázquez, "El dilema de enseñar historia", en *La Jornada Semanal*, México, 4-X-1992, Núm. 173, p. 35.

⁴³ "Cuauhtémoc se habría asombrado al encontrar aliados y defensores en los herederos de Cortés." Octavio Paz, *op. cit.*, p. 104.

⁴⁴ Declaraciones de Álvaro Mutis, *La Jornada*, 12-X-1992, p. 9.